

DE LA RAZÓN

PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 27 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 4.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO CUARTO

LAS ALAMEDAS

Las diez de la mañana era la partida. Esperaba en la Estación del Parque un tren expreso, especialmente arreglado para la convalesciente.—Poco después de las nueve y media, partió del palacio de los Valdenegros una hermosa comitiva de carruajes.—Resplandecía el sol y se respiraba un aire tibio.—Iban adelante, en cupé, el Dr. Nugués y uno de sus viejos colegas.—Marta, doña Emilia, don Francisco y el médico de cabecera, seguidos de cerca en un landó.—Después, un cupé llevaba otros dos médicos, y continuaban los coches con librea, conduciendo parientes y amigos de la casa.—Ni Rodolfo ni su madre estaban entre ellos. La señora se encontraba enferma, y Rodolfo, con ese motivo, había enviado corteses disculpas.

Aquellos carruajes marchaban lentamente, bajo la mirada investigadora de los pasantes, y de los dependientes de comercio que se asomaban con curiosidad a la puerta de sus establecimientos.—Al cortar la calle de Artes, la comitiva de la convalesciente se detuvo.—Tenía que ceder el paso a un largo cortejo fúnebre.

—Coche de gala! gente rica! exclamó el Dr. Nugués, después de asomar su cabeza apoplética por la ventanilla del cupé.

—Sí, pues,—contestó el colega; es el entierro de Nevares.

—Ah! es verdad que anoche lo liquidaron ustedes. Yo estoy ofendido con Genoveva porque no me ha llamado, ni para una consulta!—Los hubiera ayudado concienzudamente a ustedes.

—Y la esclusión, Dr. Nugués, ha sido intencional. Me indicó la señora para formar las juntas médicos de estado y de edad. No quiso ningún soltero, y sobre todo ningún joven.... Dice que no les tiene fe a los jóvenes.

—Y V. se lo ha creído!—Lo que ella no quería es que nosotros la viésemos con traje desaliñado, con huellas de insomnio ó de reciente despertar. Habría dejado morir a su marido antes que comprometer el prestigio y la reputación de su belleza.

—Pues, mire V.—en esta enfermedad, se ha portado muy bien esa señora.—Siempre al lado de Nevares, cariñosa, dedicada como una esposa ejemplar.

—Es natural; trata de darse buena fama para las segundas nupcias.

—No diga V. eso!—Y a fé que se necesitaba muy buen temple para permanecer junto a Nevares. No he visto un caso de hipertrofia al corazón con dolores más agudos, más tenaces.—Pobre hombre!—al fin descansa.

—No tal!—Solo descansará dentro de una hora; todavía tiene que soportar los discursos!

—Seguramente, no faltarán oradores. Nevares era un hombre de gran porvenir político. Ya sonaba como candidato para Ministro de Relaciones Exteriores en la crisis ministerial que se viene anunciando.—V. debe saberlo, Dr. Nugués, siendo como es, el otro candidato para el otro ministerio cuya vacante se espera.

—Hola! yo también soy candidato!—exclamó el Dr. Nugués, con una sonrisa plácida.—¿Y qué ministerio presume la gente que me daría Sarmiento?

—Se lo diré, ya que V. quiere que le regalen el oído—El de Justicia, Culto é Instrucción Pública.

—Superior! En esas materias yo sería un Ministro original, si mis originalidades fuesen compatibles con las de don Faustino. Desde luego, tendría que presentarme al Congreso, y decirles a aquellos caballeros: ¿están Vds. seguros de que la instrucción es para la humanidad un beneficio real?—¿Creen Vds. que yo soy ahora más feliz que lo que hubiera sido, no saliendo de mi territorio de Mendoza y cultivando allí la misma hacienda que cultivaron mis padres?—¿Se figuran Vds. que ilustración es sinónimo de moralidad?—¿Son, por ventura, más morales las ciudades que las aldeas, y las aldeas que las campañas?—¿Están todavía pensando que las clases populares dificultan ménos la acción del buen gobierno, cuando educadas, que cuando enteramente incultas?—¿No saben Vds. que en Francia el obrero lector, el obrero escriba, es la célula matriz de todas las perturbaciones políticas ó sociales?—Estudien el problema. Vean si no es preferible que el Estado se llame a Juan de Afuera para que se instruya con sus propios recursos la minoría opulenta, mientras la mayoría laboriosa permanece ignorante, inocente y sosegada.—Reflexionen! En cuanto a mí, si hay que optar entre el pueblo-buey, buey trabajador, y el pueblo-toro, toro indómito, prefiero decididamente al pueblo-buey.—Algunos dicen que todo poder emana del pueblo; yo creo que en el pueblo solo un poder es útil: el poder de la obediencia!... ¿Qué le parece a V. este boceto de mi primer *speech* como Ministro de Instrucción Pública?

El viejo colega del Dr. Nugués tomaba estas doctrinas como extravagancias ingeniosas y las festejaba con una risa franca. Desfilaba todavía el cortejo fúnebre. Tenía tiempo el candidato de seguir esplayando su programa ministerial, y continuó de esta manera:

—Con relación a la Justicia, necesaria también introducir innovaciones radicales. La dividiría en dos secciones: justicia penal y justicia civil.—En la primera sección, los jueces serían médicos; y las cárceles hospicios, hospitales.—Código Penal: la terapéutica; Código de Instrucción Criminal: la farmacopea.—Entregaría la segunda sección al almacenero de la esquina, al tendero de enfrente, al aguatero que pasa, al changador aquel que sabe lo que cuesta ganar al día veinte y cinco pesos.—Código único: el sentido común. La justicia civil sería entonces barata y rápida, y no inferior talvez a la que se distribuye hoy en día, después de perder años y enterrar caudales todos los litigantes!

Desfilaban ya los últimos coches del cortejo fúnebre.—El doctor Nugués prosiguió:

—Tampoco estoy conforme con eso de Ministro del Culto. Yo querría ser Ministro de todos los cultos, y aún de todas las here-

gias. Me entenderia bien con todos y con todas. Les pondria al pié: *fiat mixtura*, como en las recetas. Asi el 25 de Mayo y el 9 de Julio, oficiarian á la vez en la Catedral nuestro Arzobispo, los pastores protestantes, un rabbino, un brahma, un sacerdote de Confúcio, un mormon y el Gran Oriente de la Masoneria, todos con sus respectivas insignias, con sus ritos peculiares...

—¿Y V. qué papel se reservaba en eso?

—¿Yo?—Observaría, y después tomaria la pluma de Dickens para describir la ceremonia!

Habia acabado de desfilar el cortejo fúnebre.—La comitiva de la convalesciente se puso de nuevo en movimiento.—Pronto llegó á la Estacion del Parque.—A pedido de los médicos, para evitar despedidas que podian ser sentimentales, los parientes y amigos de la casa permanecieron en sus coches.—Marta bajó del suyo, sostenida por don Francisco y el médico de cabecera, mientras el Dr. Nugués ofrecia el brazo á doña Emilia.—Perdianse el rostro y el cuello enjutos de la niña entre las gasas azuladas que contorneaban su sombrero: Un vestido de cachemir azul marino, con guarniciones de gró escocés, prestaba vanos atavios á su cuerpo todavía informe, por los destrozos de la fiebre tifoidea.

La hicieron subir á un lujoso wagon, expresamente arreglado para aquel objeto, y la sentaron en un sillón-Voltaire colocado en el medio del wagon.—Se sentia relativamente bien.—Habia concluido por desear aquel viaje que al principio le parecia exigir un esfuerzo superior á su voluntad aniquilada.—Como demorase la partida, porque los médicos querian observar el efecto causado en la convalesciente por el movimiento del carruaje y la impresion del aire libre, ella misma exclamó con imperio:

—Vamos, vamos, pues.

Partió el tren. Solo iban en el wagon de Marta sus abuelos, el Dr. Nugués y una criada de confianza. En otro wagon iban los equipajes con el resto de la servidumbre. Don Francisco y doña Emilia llevaban la vista fija en la fisonomia de su nieta; estaban mal impresionados por el encuentro con el entierro de Nevaes y aquella larga espera hasta que acabasen de desfilar los coches del cortejo. El Dr. Nugués contemplaba el conjunto del cuadro con interés simpático, más observador que médico en aquel momento.

—Que tal, señor Doctor, preguntó don Francisco, después de un cuarto de hora de camino; ¿le parece á V. que vamos bien?

—Perfectamente, respondió el interpelado; esta señorita se conduce con un juicio digno de los mayores encomios.

Sonrióse Marta y esta sonrisa estimuló las expansiones del Dr. Nugués. Comenzó á hablarle tratando de distraerla con observaciones caprichosas sobre los paisajes del trayecto, con historietas burlescas y bromas delicadas; pero, por mucho que esforzase su ingenio no logró levantar el ánimo de la enferma. Iba silenciosa, distraida, indiferente, como abrumada todavía por la pereza de vivir. A una hora de camino el tren se detuvo, segun habia sido preceptuado por los médicos, para que Marta tomase su alimento, y lo tomó con el desgano que era el enemigo enconado de su convalescencia.—Volvió á andar el tren, y á poco empezaron á desaparecer las chacras y las grandes plantaciones á uno y otro lado de la via. Surgia en el horizonte la pampa primitiva, ilimitada, unida, serena y monótona como el mar de las regiones tropicales. Una brisa cálida abatía suavemente las más altas yerbas de la campiña, y sobre sus hebras doradas ondulaban los reflejos del sol canicular. Marta parecia reanimarse á la vista de aquellos nuevos paisajes. Se incorporó en el sillón, aspiró con fuerza el aire impregnado de emanaciones acres y calientes; tomaron sus mejillas un ligero tinte sonrosado y sus miradas se perdieron con cierto anhelo extraño en los últimos confines del horizonte.

—Quisiera, en Buenos Aires, desde la azotea de casa, poder contemplar este mismo panorama, dijo con dulzura; y luego las lágrimas inundaron sus ojos lentamente.

En vano el Dr. Nugués quiso con un gesto tranquilizar á los ancianos. Su emoción era visible; Marta se dió cuenta de ello y

les tendió sus manos pequeñas de color de cirio, diciéndoles con acendrado cariño:

—Me siento bien, muy bien!—Ya está vencida la corriente.

Después de un nuevo alto y una segunda alimentación de la enferma, á las cuatro horas de viaje, llegó el tren á la estacion de las Alamedas. Quedaba la estacion en el mismo campo del señor Valdenegros, pero la casa estaba de allí una legua.—Todo estaba prevenido para andar ese pequeño trayecto. El mayordomo del establecimiento esperaba con un landó, un breck y dos carros. Fué él mismo quien abrió la portezuela del wagon con su sombrero de paja en la mano, en actitud circunspecta afectuosa.—Era un joven de origen escocés. Aunque nacido en la Provincia de Buenos Aires, conservaba todos los rasgos distintivos de su raza. Vestia en aquella ocasion un traje de briu blanco, con botas granaderas de charol.

—Jorge! exclamó don Francisco al verlo, estrechándolo la mano con natural efusion. ¿Todo está pronto?

—Cómo no!—señor, respondió Jorge;—podemos marchar en el acto.

Media hora después Marta reposaba en su cama y se adornaba dulcemente, tomando su rostro una plácida expresion de bien estar; doña Emilia lo anunciaba luego á don Francisco, y ambos estrechaban con satisfaccion agradecida la mano del doctor Nugués.

—Hemos ganado la batalla, dijo este último: debemos enviar á nuestro decano el parte telegráfico de la victoria.

—Es cierto! exclamó don Francisco, que tenia la desgracia de encontrarse siempre en retardo para todas las iniciativas.

Se consoló de su olvido disponiendo que en vez de un telegrama fueran dos, uno del Dr. Nugués, y otro en su nombre y en el de doña Emilia. Por su gusto, hubiera telegrafado también á todos los periódicos de Buenos Aires.

En la tarde de aquel mismo día, don Francisco y el Dr. Nugués se tomaban del brazo y salian á fomentar el apetito con una excursion pedestre. Habia en aquella estancia muchas cosas que ver, y conviene que el lector las vea, porque «Las Alamedas» desempeñan un papel de importancia en esta crónica.

La casa, en su parte central, era como un gran cubo blanco, cuya cara inferior se levantaba á un metro del nivel del suelo. Tenia á cada frente un espacioso corredor semi-circular, sostenido por columnas blanqueadas, que se ligaban entre sí por una balaustrada análoga, dejando al medio una entrada con escalinata de mármol. Habia al centro un hermosísimo salon, con un profuso ajuar de sofás, canapés, confidentes, sillones, sillas y taburetes de variadas formas y diferentes gustos, y numerosas mesas de lectura, de juego, de labor y de adorno, jardineras, macetas, floreros, y un magnífico piano de cola, todo con agradable desorden esparcido sobre cojines y pieles de las más diversas clases, que dejaban ver de trecho en trecho un piso de tablas de cedro, angostas y lustrosas. Dos grandes espejos con marco etrusco adornaban las cabeceras del salon y gran cantidad de cuadros con paisajes campestres salpicaban el resto de los muros tapizados de cretona blanca con ramazones azules.—Estaba contiguo el comedor, de iguales dimensiones, con amueblado de *vieux chène*, encerado amarillo, cuadros bucólicos y papel y pintura de imitacion de nogal. A un lado de estas dos piezas centrales, quedaban las habitaciones de familia; al otro una sala de billar, una pequeña sala de armas y las habitaciones de los huéspedes.—Cada corredor era el desahogo y la prolongacion de cada uno de estos compartimentos. El servicio y la servidumbre ocupaban los sótanos, con comunicacion interior al piso principal.—Picos y arañas de gas neumático completaban el adorno y la comodidad de aquella hermosa morada.

Un vasto jardin rodeaba por todos lados la casa.—Coníferus y cactus, y palmas de variadas especies, presidian, en caprichosos tablonés, esposiciones rivales de todas las plantas que la floricult-

tura europea ha vulgarizado en el Rio de la Plata. Allí un bosquecillo de magnolias alternaba con un bosquecillo de laureles-rosas; más allá los rosales formaban peloton con los jazmines, y las camelias con las dalias, y las azucenas con los nardos. Fajas verdes ondulaban al borde de las calles enarcanadas, y de trecho en trecho ofrecían descanso asientos rústicos y bancos de hierro. Nada más. Estaban los paseantes libres de tropezar con una estatua contrahecha ó una fuente raquítica.

Limitaba el jardín, al frente de la casa, una elegante verja, cuyos barrotes, coronados de lanzas plateadas, servían de sostén á una cortina espesa de enredaderas floridas, cortada por un ancho porton de fierro, sobre cuyos altos pilares se destacaban grandes macetas de mármol, desbordantes de hiedra.—Después, á cada lado y al fondo, se extendía una quinta inmensa, una verdadera granja, circundada de enmarañada cina-cina y colosales alamedas.—Había allí gallineros con altos enrejados, que parecían prisiones, palomares que semejaban viviendas humanas, estanques rodeados de sauces y cañaverales para solaz de palmitos domésticos, viñedos y emparrados, bosques de acacias y eucalyptus, árboles frutales como para abastecer de fruta á toda la Provincia, norias antiguas y modernas, vastas acequias, grandes plantaciones de maiz, alfalfa y cebada, numerosas parvas,—todo limpio, ó fresco, ó fértil, sobre la planicie dilatada, por obra de generosos cuidados y frecuente irrigación artificial.

La casa habitación del señor Valdenegros no era el único edificio comprendido dentro de aquellos lindes que se perdían de vista. A la terminación del jardín, á la izquierda, alzábase una capilla de contornos góticos, severa y modesta, y á la derecha una casita suiza, de altos, casi perdida entre glicinas y campanillas de diversos colores, que la cubrían desde los cimientos hasta el techo. A la orilla del cerco, de distancia en distancia, y junto á los portones destinados al servicio de la quinta, asomaban también pequeños ranchos, bien construidos, para albergar á los guardianes de aquellos amplísimos dominios.

Hacia el frente del jardín, al costado derecho del porton principal, se agrupaban las construcciones propias de un gran establecimiento pastoril. Casas de los peones, cocheras, caballerizas, grandes galpones, cabañas de animales de raza, rediles y corrales, construido todo y conservado con el esmero benéfico de las grandes explotaciones industriales.

Todas estas cosas, á la ligera, y más ó menos de lejos, examinaba el Dr. Nugués con agradables impresiones, que saboreaba en silencio.—De trecho en trecho, encontraban peones que se cuadraban y saludaban casi militarmente, y con los cuales don Francisco, muy afable, conversaba algunos momentos.—Delante de uno de los jardineros, el Dr. Nugués se detuvo con mucha curiosidad.—Era un hombre como de cuarenta años de edad, de regular estatura, cargado de espaldas, rubio, coloradote y lampiño, con ojos saltones y azules, de nariz respingada, y boca redonda y abierta como *el hombre que ríe* de Victor Hugo.—Aquella figura y aquellas facciones eran la figura y las facciones de Giacomo!—Interrogó el Dr. Nugués al jardinero y resultó que era hermano gemelo del portero. Se llamaba Luigi.—Aquel encuentro hizo gracia al médico.

—Yo creía, dijo á don Francisco, tener al genovés más feo de la Provincia; pero veo que V. tiene un ejemplar igual.

Don Francisco, con un rasgo inesperado de *esprit*, contestó:

—¿Es eso lo más notable que encuentra V. en el establecimiento?

—Oh! nó;—replicó el Dr. Nugués, esta estancia de «Las Alamedas» me parece deliciosa... y apetecible!

—Gracias á Dios, se apresuró á decir el anciano, mucho nos ha favorecido la fortuna. Podemos proporcionarnos todas las comodidades, todos los goces, que se compran con dinero; pero, querido doctor, cuarenta años de continuos sinsabores nos permiten decir que la felicidad no se deja comprar por todo el dinero del mundo. La muerte es más poderosa que el oro!

—*Pallida mors!* murmuró el joven, concluyendo mentalmente esta reminiscencia clásica.

—Emilia y yo, prosiguió el anciano, cuando visitamos nuestras propiedades, ó cuando nos ponemos á pensar en todo lo que forma nuestro inmenso caudal, nos acordamos de nuestros hijos muertos y decimos: ¿porqué no ha querido Dios que ellos disfruten de estos bienes? Oh! habría para todos ellos! Nuestra compensación, así mismo, es esa querida criatura que la muerte ha querido disputarnos.—Si ella ha de heredar todo esto, para transmitirlo á sus hijos y estos á los suyos en una cadena sin fin, como nosotros lo recibimos también de nuestros padres, podemos esperar el término de nuestros días con el consuelo y el orgullo de esa idea;—pero si Marta muere, si perdemos esa última raíz que nos vincula á la tierra—¿qué quiere V. que representen para nosotros, sinó una burla irrisoria, todas estas riquezas que los demás nos envidian? ¿Y qué me dice V.? ¿Podemos contar con Marta?

—Podemos, señor Valdenegros; tengo completa fé en el resultado de este viaje. Ahora, la convalecencia será rápida.—Esta enfermedad coincide con la plenitud del desarrollo de la niña. Salvadas ya ambas crisis, la salud de Marta tomará el aspecto de un torrente que desborda después de haber sido momentáneamente contenido. Estas enfermedades, cuando no matan, purifican, robustecen, dejan una póliza de seguros para el porvenir...

—Dios lo oiga! exclamó don Francisco haciendo pucheros.

Después de unos instantes, trató de serenarse y continuó:

—Dígame también, señor doctor;—en estos cambios que V. prevee—¿cambiará un poco el carácter de nuestra nieta?

—¿Cómo el carácter? preguntó el Dr. Nugués, sonriendo.

—Sí, el carácter, repitió don Francisco; voy á explicarme bien para que me comprenda, y entonces, con palabras entrecortadas y confusas; hizo una larga descripción de lo que el anciano y su esposa llamaban las *rarezas de Marta*, sobremanera alarmados al observarlas en la vida de contemplación que hacían alrededor de su nieta.

Pudo de aquellos discursos coleccionar el Dr. Nugués que Marta tenía en efecto, en consorcio de una personalidad demasiado enérgica para sus años, un carácter algo excéntrico y poco equilibrado. Era de sentimientos generosos y elevados; pero muy imperiosa y muy voluble al mismo tiempo en sus deseos. Amaba entrañablemente á sus abuelos; pero á menudo trataba de alejar con desplacencia la exageración de sus cuidados y caricias.—Gustaba de la soledad y de los romances apasionados. Desde muy niña habíase distinguido por la peculiaridad de no admitir en su confianza más que á una sola amiga. Identificábase con ella en un cariño exaltado, hasta que la sospecha de una infidencia ó de un desvío, no siempre bien fundada, sublevaba su alma y transformaba en odio ó en desprecio toda la fuerza de su amor. Era habitualmente dulce y tolerante; pero lo que ella consideraba una injusticia, una ingratitude, una ofensa imotivada, la hacía algunas veces estallar en arranques de violenta cólera que terminaban en una honda perturbación nerviosa. No entraban los términos medios en su reino; hacía un lado ó hacía otro, iba siempre con toda su alma, con toda la energía de su ser. Hasta los trece años había sido rebelde á los estudios; una mañana despertó con el anhelo de la sabiduría y comenzó á estudiar con tal ardor, con tal encarnizamiento, que sus abuelos, al verla, estaban siempre temiendo un ataque cerebral. Para ellos, había sido la fiebre tifóidea una mera consecuencia de los excesos intelectuales de Marta.

—En todo lo que V. refiere, dijo el Dr. Nugués, después de oír con verdadero interés el relato del señor Valdenegros, no hay nada sorprendente ni alarmante;—tiene V. razón al esperar un cambio.—La edad modifica y regulariza el carácter... Estas cosas no pertenecen del todo á mi profesión; pero yo tengo también algo de filósofo y me permito darle á V. un consejo.—Los abuelos no saben educar. Son demasiado buenos para eso.—Ustedes

no pueden influir en buen sentido sobre el carácter de la niña, porque no son capaces de contrariarla, ni de afrontar sus pequeñas cóleras...

Apresuróse don Francisco á hacer un gesto de asentimiento y el Dr. Nugués prosiguió:

—Pues bien!—si no pueden corregirlo, dejen obrar las fuerzas de la naturaleza y las influencias de la sociedad; dejen que complete su personalidad un poco así como la flor silvestre, entregada á las corrientes de su sávia salvaje...

Don Francisco hizo un gesto de profundo desagrado al oír esta última palabra, y el Dr. Nugués añadió con precipitación:

—La sávia de la naturaleza, rica y generosa en Marta.—¿Nunca ha estado la niña en un colegio?

—Oh! nunca.—Imposible un colegio.—No podíamos esponerla á las indiscreciones de las niñas que frecuentan los colegios... Usted comprende... Para V. no pueden ser un misterio estas cosas... Marta solo ha estudiado con maestros en casa, y sus relaciones han sido siempre limitadas, escogidas, bajo nuestra inmediata y constante vigilancia.

—Ha sido un mal, un mal bastante grave... Los colegios dan la primera experiencia de la vida. Con todos sus inconvenientes son un aprendizaje necesario.—El hombre y la mujer que, sin haberlo tenido, entran al movimiento social, están condenados á sufrir inmensamente con el choque de las pasiones y miserias que pululan en la vida humana... Si Marta hubiese adquirido esa experiencia, estaria ya limada la aspereza de sus sentimientos nativos. Seria más flexible, más resignada, más dócil. No deben ustedes agravar las malas consecuencias del pasado;—no la sofocan, ni siquiera con excesos de cariño; dénde soltura para seguir los devaneos de su espíritu, porque esa es la mejor manera de extirparlos.—Como médico y como filósofo, pido libertad para esa naturaleza pletórica. Dentro de si misma, bajo la acción del tiempo y la experiencia, encontrará ella el equilibrio moral que le falta, y cuya ausencia dá una forma estravagante á las manifestaciones de su idiosineracia.

Y hubiera el Dr. Nugués desarrollado su tesis educacionista, que don Francisco escuchaba con ávida atención, si en aquel instante, llegando al frente de la casa, no se les hubiese acercado una viejecita que bajaba la escalinata de la sala, vestida de lustrina negra y cofia blanca, muy blanca y muy tersa, pero no tanto como el óvalo del rostro que ceñían sus pliegues.

—Doña Catalina!—exclamó don Francisco al verla, y le estrechó las manos con cariño.

—Señor! señor!—balbuceó la viejecita, con mucho acento inglés, dejando ver una dentadura que parecia formada con reflejos aporcelanados de su cofia; acabo de estar con la señora doña Emilia; la niña va muy bien; la señora está muy contenta... Aquí tambien, Jorge y yo, y todos hemos sufrido mucho durante la enfermedad de la niña... Ah! ahora sí que la estancia estará alegre!

Don Francisco agradeció esas palabras y despidió á doña Catalina con nuevos apretones de manos.

—Interesante la viejecita! dijo el Dr. Nugués.

—Santa mujer!—dijo don Francisco.

—¿Quién es?

—Es una escocesa, viuda de un antiguo mayordomo nuestro (don Francisco siempre hablaba por sí y por su esposa); madre de Jorge Parler, el mayordomo actual, una alhaja como lo era el padre.—Viven en aquella casita. Ya tienen su pasar y harán camino.

Subieron la escalinata. El Dr. Nugués, antes de entrar al corredor, se dió vuelta para contemplar el paisaje. Despedía el sol poniente rayos horizontales de fuego, que se deshacían en polvo luminoso sobre las hojas de los árboles y las plantas, inmóviles en la atmósfera embalsamada de una tarde serena. Allí, balaban las ovejas, volviendo á los apriscos,—mugían los toros encelados, y relinchaban los inquietos potros. Más cerca, graznaban los pavos,

y se oían arrullos de palomas enamoradas sobre los pteiles de la casa, y ruidos de alas y gorgoros de pájaros entre e follaje más próximo. Cruzaban de un lado á otro los peones, presurosamente ocupados en los últimos trabajos del día, y de todo aquel cuadro campestre parecia exhalar una grandiosa sinfonia en honor de la naturaleza, del trabajo y de la paz del alma.—El doctor Nugués se sentia, á su pesar, embargado por dulces y desconocidas impresiones.

Esto le pareció muy pronto indigno de su filosofia.—Era muy aficionado al método de observacion introspectiva; y así, replegándose inmediatamente sobre si mismo, quedó persuadido de que estaba bajo el imperio de emociones panteistas. Pero no queria ser discípulo de Spinoza, sino de Bentham; y dando á sus ideas otro giro muy distinto, murmuró:

—No en vano hay quien se desespera por obtener todo esto!

(Continuará.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

II

ALBERTO Conde era hijo único, huérfano de madre desde su niñez, y en él habia concentrado todo su cariño su padre don Rafael, persona que gozaba de general estimacion. Poseedor de una fortuna más que regular, don Rafael Conde continuaba entregado á los negocios con actividad, apesar de que frisaba ya en los sesenta, ávido de dejar á su hijo una posicion holgada é independiente, y á medida que avanzaba en edad, redoblaba sus esfuerzos, teneroso siempre de que la muerte lo sorprendiese ántes de dejar cimentado sobre sólidas bases el porvenir de Alberto, cuya débil constitucion era continuo tema de sus preocupaciones.

Algo efectivamente habia en Alberto Conde que justificaba los temores de su padre. Joven, medianamente rico, sin más tutela que la de don Rafael cuya autoridad estaba debilitada por el ciego cariño que á su hijo profesaba, hubiera podido éste llevar una vida bulliciosa y alegre, á que lo convidaba la compañía de sus amigos, más ó ménos calaveras como la generalidad de los jóvenes. Pero ni la libertad de que gozaba, ni las facilidades de dinero, ni las tentaciones de los amigos, fueron nunca bastantes á arrancarlo del retraimiento en que vivia. No era un misántropo, pero habia cierta tristeza en su fisonomía que retrataba una honda afeccion moral ó el germen de alguna dolencia que lentamente minaba su organismo.

Por lo demás, cuando alternaba con sus amigos, era expansivo y hasta jovial, pero aún en medio de sus expansiones dejaba traslucir aquel tinte de tristeza que daba simpático interés á su fisonomía varonil.

Aquel Domingo en que por primera vez vió á Cristina, notaron en él sus amigos frecuentes transformaciones. Ora conversaba con más locuacidad que de costumbre, ora quedaba ensimismado con la vista fija como si una idea persistente lo aislase de todo lo que lo rodeaba. Varias veces hizo rodar la conversacion sobre el baile de la noche, y cuando sus amigos lo bromeaban sobre la insistencia con que volvía sobre la fiesta, trataba de desviar el tema como contrariado de dejar traslucir su ansiedad.

A las doce de la noche, los alrededores del Club bullian de animacion. Por todas las calles que desembocan á la de Treinta y Tres iban y venian carruajes á gran trote, mientras que por las aceras caminaban apresuradamente numerosas máscaras, rebujadas en sus tapados, riendo y charlando, saludándose unas á las otras con nombres lanzados al azar, sin más fundamento que el modo de andar, ó el corte del talle, ó una prenda del vestido.

En la puerta del Club, había una aglomeración de curiosas que escuchaban todos los trajes y cuchicheaban entre sí comunicándose el resultado de sus observaciones.—Esta es fulana—Esa otra es zutana; y á cada una le sacaban de paso una tira sobre su belleza ó la elegancia del traje, como vengándose de no poder hacer ellas lo que las otras.

Dentro, reinaba una animación bulliciosa, confusión de voces en fasete, risas disfrazadas, tiroteos de bromas más ó menos aventuradas. En el vestíbulo se agrupaban las máscaras que todavía no habían encontrado compañero para entrar en los salones. Y á cada minuto, seguía aumentando la concurrencia, que se apiñaba en la escalera, estrecha para dar paso á aquella avalancha de gente ansiosa de divertirse.

En una de las puertas que conducían á los salones, había un grupo de jóvenes que presenciaban el desfile de las parejas, defendiéndose al mismo tiempo de las bromas de las máscaras que á la pesca de un compañero, trataban de interesarlos prometiéndoles interesantes revelaciones sobre sus intimidades. En aquel grupo estaba Alberto Conde, y él era el principal blanco de todas las bromas.

—¿Qué milagro Alberto? ¿Cuándo resucitaste?

—¿De dónde sales? Me habían dicho que te ibas á meter de monje.

—¿Por donde saldrá el sol mañana?

Y así, unas tras otras, repetían todas el mismo estribillo, sin conseguir distraer la atención de Alberto, que escuchaba con avidez á todas las que pasaban, mirándolas en los ojos que brillaban por entre los agujeros del antifaz. La animación crecía por todas partes. Los salones estaban henchidos de concurrentes y se hacía difícil la circulación. Los acordes de la orquesta entraban por ráfagas y se apagaban en medio del vocerío chillón de las máscaras, que se hacían más apremiantes y parlanchinas excitadas por el calor y el bullicio de la fiesta.

Alberto estaba desasosegado. Hacia más de una hora que permanecía de pie en el vano de la puerta, y á pesar de la insistencia con que había examinado á las máscaras que desfilaban por delante de él, no había encontrado á la única que le interesaba entre aquellos centenares de mujeres elegantes y hermosas. En aquel momento, cruzaba delante de él su amigo Carlos Centeno, engolfado en un animado diálogo con una máscara, y sin poder contener ya su impaciencia, Alberto se le acercó y tomándolo de un brazo, le dijo al oído:

—¿No la has visto?

—¿A quién? preguntó Carlos.

—A la de esta mañana.

—Ah! ¿á Cristina? No; no la he visto; y dirigiéndose á su compañera le preguntó:

—Chè, máscara: ¿no has conocido entre las parejas á Cristina Peña?

—Sí, la acabo de ver en el salón grande. Por cierto que estaba muy entretenida con...

Alberto no quiso oír más. Dirigió una mirada penetrante á la compañera de Carlos, y se retiró, pero al volverse, cambió de resolución, y acercándose nuevamente á la pareja, le dijo á su amigo:

—Carlos ¿me permites que baile esta pieza con tu compañera?

—Si ella quiere, y no lo toma á desaire, respondió Carlos, por mi parte no quiero ser un inconveniente.

—¿Qué dices, máscara? interrogó Alberto.

La compañera de Carlos titubeó un momento, y contestó después con una vocecita aguda y escondiendo los ojos tras del abanico.

—No; esta pieza no—La otra.

—¿Te espero aquí?

—Espérame que yo misma vendré á buscarte.

Y siguió del brazo de Carlos, mientras Alberto se arrinconaba de nuevo junto á la puerta, mirando con indiferencia á lo que en su torno pasaba.

La fiesta estaba cada vez más animada. Las mujeres superabundaban y se paseaban á grupos, deteniéndose ante los caballeros que permanecían como meros espectadores, tratando de picarles la curiosidad con un nombre ó un recuerdo.

—¿Qué haces ahí tan callado? ¿Estás todavía acordándote de Lucrécia?

—No, hija, yo no me preocupo de historia antigua.

—Te estás poniendo viejo.

—Que quieres! Ya ves tú que van corridos algunos años desde que bailaba contigo en el Baile Mensual.

La bromista saltó corriendo é iba á ensayar sus pullas con algún otro. La música apenas se abría paso por entre el bullicio. Era imposible bailar en medio del gentío que henchía todos los salones. En los sofás, en los sillones, en las sillas, en donde quiera que había un asiento, se veían apoltronadas máscaras gruesas, metidas dentro de amplios dominos, abanicándose por debajo de las barbillas de los antifaces. El cuadro era animado y vistoso con los trajes de colores vivos, las pelucas empolvadas, los caprichosos bonetes y cofias de las máscaras de carácter: aquí una aldeana, allí una manola, acullá una amazona, más allá una vivandera, y por doquiera, trajes históricos, caracterizando épocas, personajes y costumbres, todo revuelto en la más anacrónica y antipoda confusión, reunidas en una misma zona una andaluza con la mantilla terciada y una japonesa forrada en pieles, conversando animadamente María Estuardo con Aida, y riendo en la mejor intimidad una Hermana de caridad con una mora judía.

Los salones se prolongaban reproducidos en los espejos como galerías interminables, retratando todos los detalles de la escena: las parejas, los trajes, las sonrisas, los ademanes, como cuadros en que las figuras tuviesen movimiento, achicándose á cada reproducción hasta quedar hombres y mujeres reducidos á las proporciones de muñecos que gesticulaban como movidos por resortes.

Alberto esperaba entretanto impaciente. La música había callado y el bullicio de las conversaciones crecía en los animados diálogos sobre cambios de compañeras. Por fin apareció Carlos con su incógnita de brazo, y parándose frente á Alberto, le dijo:

—Ya ves que somos de palabra; aquí tienes á tu compañera.

Alberto la tomó del brazo, y se internó con ella entre la confusión de las parejas, sin decir una palabra. Ella fué la que rompió el silencio:

—¿No has encontrado todavía á la mascarita que buscabas con tanto afán?

—Creo que sí, contestó Alberto, y al decirlo, sintió que el brazo de su compañera se agitó con un temblor nervioso.

Nuevamente quedaron callados. La orquesta preludiaba una cuadrilla, y algunas parejas trataban de organizar el baile. Alberto fué solicitado para formar en el cuadro con su compañera, y aunque contrariado, accedió al pedido. Empezaron las figuras al compás de una música briosa y alegre que dominaba el bullicio. Las parejas se saludaban, hacían sus pasos y mudanzas y volvían á sus puestos, quedando encerradas dentro de una muralla humana, compuesta de curiosos y curiosas que seguían las evoluciones de la danza. Alberto estaba preocupado, sin conseguir ver los ojos de su compañera, que se los ocultaba con graciosas coqueterías, como gozándose en mortificar su curiosidad.

En un momento en que se separó de él para hacer un saludo á su *vis á vis*, Alberto la siguió con la mirada examinándola con insistencia, y al volver á tomarla del brazo, le dijo en voz baja:

—Acabo de encontrar á la máscara que buscaba. Ahora tengo la seguridad de que es la misma.

—¿Sí? interrogó ella ¿dónde está?

—La tengo en este momento tomada del brazo.

Ella no contestó nada. Estaba descubierta. Era afectivamente Cristina, que aleccionada por Carlos Centeno se había entretenido en avivar la impaciencia de Alberto durante dos horas, cediendo á esa satisfacción natural de la persona que se sabe buscada con interés. Por su parte, él, al invitarla á bailar, había procedido irreflexivamente, llevado más por un arranque instintivo que por la sospecha de que fuese ella. Recien cuando la tomó del brazo y la sintió estremecerse al decirle que creía haber dado con su incógnita, fué que le entró la duda, duda que se acentuó ante los esfuerzos que ella hacía por ocultarle los ojos, rasgo tan marcado en su fisonomía que por sí solo bastara para reconocerla entre cien.

Pero cuando la vió caminar con aquella gracia y señorío que había distinguido en ella al encontrarla por primera vez, ya todas sus dudas se desvanecieron y no titubeó en decírselo.

Cristina quedó callada y nada hizo por defenderse. Siguió bailando, y al terminar la cuadrilla, Alberto la tomó del brazo internándose hasta el fondo del gran salón, donde raleaban las parejas, ahuyentadas de allí por el calor sofocante que reinaba en aquel rincón.

En torno crecía el bullicio y la alegría. Las copas brillaban a la luz de las arañas reflejando sus vivos colores en los caireles que titilaban con todos los cambiantes del iris, pasando de un matiz a otro, como pasan de una a otra figura las piezas de un caleidoscopio. Las mujeres, fatigadas por el baile y alboradas con el antifaz, se abanicaban agitadamente, dejando entrever por debajo de las barbillas de la careta los arranques del cuello, el busto palpitante, las orejas rojas, y los ojos brillantes como engastados en la seda negra que les cubría el rostro.

Alberto hablaba a su compañera con vivacidad, y ella lo escuchaba con la cabeza inclinada, atento el oído a sus palabras como si no quisiese perder una sola nota de una melodía que por primera vez oía. ¡Cuántas cosas le decía él que eran nuevas para ella! Cristina sentía que su ser se transformaba y comprendía que aquello era la vida, la luz, las alas que le brotaban a la niña para que la mujer volase entre los encantos y las ilusiones de la pasión. Aquella palabra ardiente, anhelosa, creaba en su ser un nuevo mundo que iracía de entre la nada de su inocencia envuelto en alboradas de rosa. Era el soplo creador del amor que hace brotar luz de las tinieblas, y modela en la niña indiferente la estatua de una mujer apasionada, como el cincel hace surgir de un bloque inerte la estatua vivificada por el arte.

Alberto y Cristina habían llegado a olvidarse de todo lo que les rodeaba. Giraban en un pequeño círculo entregados a su pasión, sin aperebir a las parejas que cruzaban por su lado, igualmente ensimismadas. Aquel era el rincón de los enamorados que huían del ruido de los salones y sobre todo de las bromas incesantes con que las otras máscaras se vengaban en su aislamiento, mujeres que vagan entre el bullicio con el corazón vacío, envidiando a las ricas de amor, como los pobres envidian a los ricos de dinero.

Los antifaces empezaban a caer, apareciendo una tras otra las primeras bellezas de Montevideo, como aparecen al caer la noche las estrellas de primera magnitud. Era una transformación continua. La aldeana que se fingía vulgar aparecía como una princesa, llena de gracia y elegancia; Aida era de una blancura deslumbrante; la manola se trocaba en una criolla picante, y al poco rato todas habían vuelto a su pristino estado, desembarazadas del monótono antifaz que hace todos los rostros iguales, y realzada la hermosura por la agitación de la fiesta: todos los labios sonrientes y rojos, las narices sonrosadas y palpitantes, las mejillas encendidas y los ojos fulgurantes desplegando sus rayos como despliegan sus alas los pájaros al verse libres de la jaula que los aprisionaba.

Cristina era una de las pocas que permanecían con el antifaz puesto, como temerosa de que su rostro retratase las emociones que embargaban su espíritu. Estaba enamorada. En su corazón inocente y virgen de toda pasión, las palabras y las miradas de Alberto habían engendrado una nueva vida que ella sentía inundaba todo su ser. Era el amor, que no nace y crece paulatinamente como el cariño, sino que surge de repente adornado ya de todos sus encantos como surgió Minerva de la cabeza de Júpiter armada y profiriendo gritos de guerra. Cristina se sentía invadida por una fuerza extraña que despertaba en ella las esperanzas, los delirios, los celos; todo ese turbión de sentimientos encontrados que se punzan entre sí y se avivan alimentando la savia de la pasión.

En aquellas dos horas de intimidad, Alberto y Cristina se habían dicho todo lo que podían decirse. El la había hablado con el lenguaje apasionado y sincero de quien por primera vez se siente enamorado; con ese lenguaje que no miente y que nadie puede fingir, pues nadie es tan hábil cómico para reproducir las manifestaciones inconscientes del amor que se reflejan en los ojos, en los gestos, en los más mínimos detalles, hasta en ciertas injenuidades que fuera de esa situación de ánimo serían consideradas como tonterías.

El baile empezaba a palidecer. Las parejas se raleaban poco a poco, la circulación se hacía más fácil, y se bailaba con más amplitud. Las máscaras gruesas, acantonadas en los sofás, languidecían visiblemente; eran guardias que descuidaban la vigilancia. Los abanicos se movían con cierto automatismo como si solo conservasen el movimiento

de impulsión que se les había dado. Derepente, cuando la orquesta daba un golpe seco, aquellas cabezas languidamente inclinadas se enderezaban como por resortes, y los abanicos cobraban nuevos bríos, pero poco después volvían las cabezas a caer sobre el pecho y quedaban los abanicos adormecidos nuevamente, moviéndose apenas como se mueven las copas de los árboles con la brisa suave de las tardes de verano.

Por entre las rendijas de los balcones empezaba a filtrar una claridad pálida, indecisa, como si temiese con su presencia interrumpir las alegrías de la fiesta. Los salones se despoblaban rápidamente y la escalera era estrecha para vaciar la concurrencia que se aglomeraba en el vestíbulo.

Uno tras otro llegaban a la puerta del Club los carruajes estacionados en los alrededores, y partían en seguida conduciendo cargamentos de sedas, tules y encajes, embalaje de la mercancía más preciada y más cara.

Alberto acompañó a Cristina hasta la portezuela del carruaje y allí la dejó, olvidándose en su turbación de saludar a la madre y hermanas de la niña. ¿Qué le importaba a él de todo el resto de la humanidad? El carruaje arrancó a gran trote, y él lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista.

En esa contemplación lo sorprendió Carlos Centeno, y en tono de broma le dijo:

— ¡Lástima que todavía no se hayan inventado capotas de cristal para los carruajes.

Alberto se pasó las manos por los ojos como si quisiese borrar una visión, y entró nuevamente al Club, tropezando con las últimas parejas que salían.

Los salones estaban vacíos, sembrado el piso de girones de tul y de flores marchitas, como restos de armas que quedaban sobre el campo de acción. Las luces de gas amarilleaban como cirios, retratándose en los espejos con sus temblores mortecinos, mientras los músicos enfundaban sus instrumentos y se retiraban pálidos, desencajados, con cara de aburridos.

Al día siguiente, la crónica social esplotaba como tema de novedad la *temporada* de Alberto Conde con Cristina Peña.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CROMOS MONTEVIDEANOS

MISA DE UNA

EN Enero, cuando el aire está quieto y tibio, el cielo más azul y limpio que el delantal de una vizcaina y el sol más bruñido y refulgente que el aldabon de bronce de una casa inglesa, todo incita a echarse a la calle, a bañarse en luz ó en agua salobre allá por los Pocitos ó la Playa de Ramírez y sobran, si es que eso puede sobrar, perfiles, ojos y talles que admirar; pero en invierno el aire es áspero y enrogece la tez delicada de las mugeres, la llovizna las resfria y solo puede vérselas en las tardes hermosas ó después de misa de una, esas citas místicas de las bellezas más nombradas que los ateos respetan por lo que tiene de artística y cuasi diré divinas.

A ella tiene que asistir, pues, todo el que admira lo bello, y yo que me precio de ser uno de tantos, bien que el que esto te cuenta, lector, poco te importe, nunca faltó a su dispersión por lo cual me permitiré, quiéras que no, contarte lo que es para mí la misa de una, desde el átrio de la Catedral.

Después que las campanas han dado los tres toques de estilo empiezan a concurrir las devotas elegantes, ora a pie ora en *landaus* ó en *coupés* más relucientes y *panzudos* que escarabajos egipcios, las cuales, hablo de las últimas, tienen ocasión, no pretendo que las busquen, de lucir el *torneado pié* al apoyarlo en el estribo, dichoso mueble cuyo destino envidio a veces, no sé porqué. No falta quien admire

«*I bei piedini così ben calzati ...*»

pues ya lucen al sol, como cacerolas esmaltadas, algunas chisteras relucientes de los elegantes que hasta cierto punto *ven* misa, como el héroe de *Cristina*.

En veinte minutos todo termina y en ese momento la vereda está cubierta de jóvenes que enarcan las cejas ó se *calan* los lentos para distinguir a quien, el alma antes que la mirada, encuentra entre el enjambre de bellezas que salen del templo produciendo ese rumor análogo al que produce

«*La loca dispersión de una colmena.*»

Yo, que á nadie busco, fijo la vista aquí un segundo y allá dos mirando lo que más me place y admirando aquello que más me encanta.

Supongamos que el día es hermoso, que es Domingo, la una en punto y la concurrencia mucha, algo faltará al cuadro y son las hojas de las acacias: ah! si estuvieran los acacias en flor! ah! si estuvieran sus ramas cubiertas de hojas de tinte claro y transparente, como los ojos de esas dos jóvenes de tez triguena que suben al coche en este instante!

Mas, no importa, consolémonos con admirar la belleza original de esas dos morochas de tez sombreada y mas tersa que el raso, pues ya parte el carruaje que las lleva. Una de ellas al partir ha mirado con un lente de oro y sus pupilas al través de los cristales parecian vivientes esmeraldas. ¡Que ojos de expresion al par diabólica y angelical!

Los dos visten con esa elegancia que solo Paris presta á las que viven algun tiempo en sus salones.

Qué silueta artística y qué expresion irresistible de mirada tiene la que baja ahora las gradas del templo vestida toda de negro llevando en la cabeza un sombrero de alas muy anchas!

Su nombre es el mismo que el del último poema de *Ibn-Chaldun* y toda ella es tan delicada como las estrofas del morisco poeta; mas solo se les parece en esto, pues los versos del poeta son endechas de muerte, mientras que los ojos de ella siempre rien:

«Es un hada, que en el viento
Himnos de amor escribe con miradas!»

Más miremos aquella niña vestida de gró granate y sombrero de igual color.

Es una criolla bellissima de esas que en las leyendas primitivas pasaban por encantadoras de serpientes, tal es el magnetismo que concentran sus miradas.

Al pasar produce un rumor de hojas arrastradas por el viento: es el *flot de rubans* que cubre su traje desde el mórbido, torneado cuello, hasta el borde del vestido, que se agita, marcando á quien fija en él la mirada.

Pero no hablaré más de esta niña porque ya hay quien la ha descrito mejor de lo que yo pudiera hacerlo, y porque no esclamen las Gracias:

Vinieron los Sarracenos!

Que bien les vá el traje negro á aquellas dos niñas; con qué transparencia sonrosada se destaca del traje la faz de óvalo redondeado y de ojos verdes, suaves como terciopelo, de la mas pequeña:—Tiene una expresion de candor aleman, la expresion que debió imaginar Goethe á la Carlota de Wether.

La otra—es de perfil severo, de líneas rectas, de tez pálida y ojos sombreados por una aurela oscura.

Son la antítesis la una de la otra; hasta en el peinado se lo nota; la primera lleva el abundoso cabello recogido y deja entrever una nuca blanquísima sobre la que se enroscan como espirales de oro algunas traviesas hebras de su rubio pelo; mientras la otra lo lleva suelto en luengos risos á la espalda: á pesar de todo luego se adivina son hermanas, pues sus ojos y sus cabellos son de tinte exactamente igual y la expresion de sus fisonomías si bien revelan caracteres distintos no deja por eso de ser germánica: la primera será por la expresion dulcísima de toda su faz *Carlota*, y la otra por lo soñadora que la pintan sus ojos *Margarita*....

Tal es la cantidad de jóvenes que tengo por delante y la de mujeres que en conjunto abigarrado se derraman por las puertas del Templo que no puedo mirar con figeza la misma faz durante dos segundos.

Sin embargo, es tan hermosa esa jóven que está apoyada en este instante contra aquel pilar, esperando la dejen camino, que es imposible no fijar la atencion en ella.

Es gruesa pero gallarda, tiene seno arrogante pero talle de avispa, su cabello es lacio, pero es de un tinte rubio ceniciento como no he visto otro, sus ojos son verdes pero parecen celestes: es que reflejan sin duda los tintes de su alma, como refleja el mar los cambiantes del cielo.

Es bella y solo parece bonita, es como esos cuadros de la escuela flamenca que solo saben apreciar los artistas. Para mi es:

«Une blonde fillete echapé á Teniers!»

Dos cosas niegan el que sea flamenca: la palidez de su tez y la viveza de sus ojos; por lo demás es idéntica á las mujeres de Van Dick ó del maestro que nombra Musset en verso que pongo más arriba.

Viste con esa sencillez que tan bien sienta á las mujeres cuyo cuerpo no necesita extraviarse entre un laberinto de adornos que ni el de Creta. En aquel al menos prestaba su hilo Ariadna, pero ya se sabe que Mme. Carreau no es como la heroína de la fábula, ni como el sastre del Campillo, que ponía el hilo y cosía de fiat.

Mas no quiero disertar sobre trages—bonito soy yo para eso! Si por algo desearia ser socialista seria para proponer la *nivelacion* del traje—traje de igual color é igual corte para todos, si señoritas, nada mas lindó que la armonia; parecería la ciudad un Asilo Maternal, es cierto, pero no me veria yo en los aprietos que me veo y sobre todo me he visto para decir el color, el nombre de la tela y la forma del traje de una muger, cuando me lo preguntan ó se me ocurre decirlo. ¡Qué diablos, si eso es ya una ciencia con más nomenclatura que la química!

Me largo de aquí, pues ya he visto bastante por hoy y la concurrencia en columnas apretadas se escurre por todas las calles que la vista abarca.

Es la una y media, los carruajes se dirijen casi todos hácia afuera; van al Paso del Molino.

Me voy allá y en el *Lunes* próximo contará lo que vea, que no ha de ser poco.

WART.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 3

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas

Negras

C 6 T

R toma P

D 3 C

P 5 T

C 8 CR (mate)

Variante

C 6 T

R 5 R

C 4 CR

R 6 D

C 2 AR (mate)

Otra variante

C 6 T

R 3 D

C toma P (jaque)

R 4 A

D toma P (mate)

Otra variante

C 6 T

P 5 T

C 4 CR (jaque)

R 3 D

D 4 C D (mate).

Tiene otras variantes de fácil resolucion.

La solucion de este problema nos fué enviada por El Duende, Eduardín, Nemo, Un aspirante á Presidente, Cagliostro, Ed. Loedel, y Rocambole y Rocambolito.

CHARADAS

Vendimia

Fuè resuelta por Una Floridense, Sofia, Anton Perulero, Nemo, Alpha, Un aspirante á Presidente, Cagliostro, y Rocambole y Rocambolito.

FUGA DE VOCALES

Inclito vencedor de cien combates,

Agilense de júbilo tus manes!

Como domaste al hado en tus afanes

No hay gloria que en tu gloria no arrebautes!

Enviaron la solucion los mismos que acaban de nombrarse.

FUGA DE CONSONANTES

¿Quién fijó de tu génio los quilates?

Ígnea centella, en rudos huracanes

Buscáste al opresor, y los volcanes

Rugieron de la lucha en los embates!

Fuè resuelta por Nemo, Un aspirante á Presidente y Sofia.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Gigante de la historia americana

Nada es un siglo á tu eternal renombre

Que alzó la libertad en su regazo!

Es estrecha la plaza Bogotana,

Tú oprimes con tu estátua y con tu nombre

El régio pedestal del Chimborazo!

Resuelta por Nemo, Sofia, Un Aspirante á Presidente y Cagliostro.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

Cariátide—Conifero—Chapitel

Remitieron la solucion de las tres Nemo, Alpha y Cagliostro.

Rocambole y Rocambolito resolvieron la segunda, y Una Floridense y Un Aspirante á Presidente la tercera.

GEROGLÍFICO

Los enojos pasajeros de los enamorados avivan el cariño.

Remitieron la solucion exacta: Nemo, Sofia, Anton Perulero, Alpha y Cagliostro.

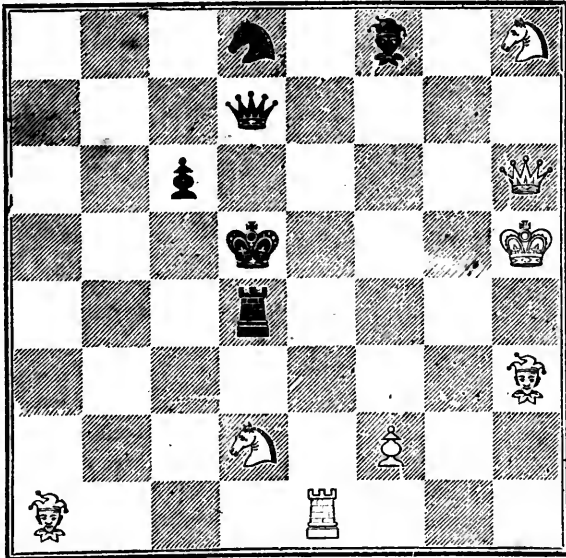
Entre las soluciones equivocadas que recibimos figura la siguiente firmada por Brigadier Maximin: *Los ojos son los pasajeros de los amores, la victoria el beso.*

Sirvale de disculpa à Brigadier Maximin la declaracion que hace en la carta conque acompaña la solucion y es que con motivo de la parada está haciendo sus preparativos en el traje y en la mimica.

Hacemos notar para satisfaccion de Nemo (no confundir con Nemo i.) que ha sido el único que ha enviado la solucion exacta de todos los juegos de ingento del número anterior.

Con atraso recibimos la carta que por correo nos envió Una Minuana con soluciones de los juegos del número 2. Ya habrá tenido la satisfaccion de ver que habia acertado.

**Problema de Ajedrez por Ignotus
NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Pasa su vida *primera*
Puedo decirse *dos tres*.
Y para mí será *todo*
Si al instante no dá Vd.

OTRA

Si entre planta de dos sílabas
Te ocurriera colocar
Otras dos que son pronombres,
Uno y otro personal,
Te resulta no lo dudas,
Lo que puede deleitar
Si es de los grandes maestros
En el arte musical.

OTRA
Son dos letras mis dos *primas*
Sin ser ninguna vocal,
Adjetivo es mi tercera,
Y mi *todo* vegetal.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

PIENTRAM—TOGUCISA—ROPATÉL—CASUCITA

FUGA DE VOCALES

.g.—n—m.—c.nt.—l—l.ng..d.—m.rm.ll.
D.l.—r.—q.—l.s.—rb.l.s—m.n..
D.—l.—t.r.l.—tr.st.—l—r.nc.—rr.ll.
—l.—s.n.r.—ll.v.i—q.—g.t.

FUGA DE CONSONANTES

.o.—i—c.—e.i.io.—e.—o.o.—e—a.o.a
.o.—i—c.—i...a.o.—a.—ic.e—e.—a.i.o
.o.—i—c.—u.—u.a—c.—e.i.e.—o.a
Y—e.u.a—u—o.o.a—e.—e.e.i.o

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

P.r.—i.—e.c.d.—s.—i.c.n.i.—a.—o.i.t.
.o. t.—l.—s.n.r.—e.—M.r.t.n.—r.a
.o.—t.—u.a.—o.h.—c.n.—l.e.t.—e.t.n.o
.u.b.—L.o.i.a.—d.m.n.o.—P.a.c.

SALTO DE CABALLO N.º 2.

l	Los	go	mi	mi	pa	jos	ra	Si
ra	ran	ra	ten	de	me	Son	lé	
mi	o	fri	Me	go;	a	lor.	ja	
o,	pro	sien	a	ti	de	tan	ro	
jos	co	da	Y	si	fue	ri	ca	
fun	Si	mi	to	ma	sen	do	es	
mo	de	ca,	ma	sol;	que	dan	tar	
cer	do	el	la	me	les	Si	a	

GEOGLIFICO NÚMERO 4



i



D



TO

UU



S

FU

